

COSTA RICO, Antón: *A construcción do coñecemento pedagógico. Antecedentes e desenvolvementos no século XX*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2009.

El ascenso que vivió la Historia de la Educación en la década de los años setenta postergó la Historia de la Pedagogía que fue acusada de ser una especie de hija espuria del idealismo alemán. La situación se ha mantenido hasta época reciente, cuando gracias a los giros —lingüístico y hermenéutico— que ha experimentado el pensamiento contemporáneo se ha producido un nuevo interés por los discursos y narrativas pedagógicas que están recobrando un cierto protagonismo. En cualquier caso, después del debate postmoderno la Historia de la Educación parece hoy instalada en un contexto postsocial que obliga a replantear los presupuestos epistemológicos y metodológicos de nuestra disciplina que, a pesar de todo, se mueve a menudo en parámetros que parecían periclitados, sobre todo vinculados a una historia descriptiva que responde todavía a los cánones de la historia positiva.

Ante este panorama —en ocasiones un tanto desolador— nos hemos de congratular por la aparición del libro que nos ocupa. No vamos a descubrir aquí la trayectoria intelectual y profesional de su autor, actual presidente de la Sociedad Española de Historia de la Educación. Nadie piense, empero, que esta breve reseña responde a un simple comentario zalamero, fruto de la adulación encomiástica o de la falsa pleitesía. Los elogios que siguen

son justos y merecidos —como mínimo a criterio del firmante— ya que la obra que tenemos en las manos puede considerarse un «pequeño libro áureo». El hecho de que sea «pequeño» se debe a su corto número de páginas (147 con índices y bibliografía) pero no a su profundidad y riqueza temática. Por otra parte, pensamos que merece el calificativo de «áureo» por su novedad en el sentido de que brilla con fuerza, a la vez que abre expectativas de trabajo para investigaciones posteriores de modo que también podría aplicársele la consideración de «auroral».

En realidad, este libro nos ofrece una cosmovisión de la pedagogía contemporánea, esto es, una visión sintética abordada desde la perspectiva de la formación del saber pedagógico. Si los siglos XIX y XX han asistido a la construcción de los grandes sistemas y corrientes del conocimiento en todos los campos científicos con sus revoluciones y cambios paradigmáticos, el ámbito pedagógico no podía quedar al margen de esta construcción que —como es sabido— no fue una tarea fácil desde el momento que se constata la existencia de varias nomenclaturas para designar este conocimiento. En efecto, la Pedagogía —ciencia surgida en el contexto del neohumanismo alemán gracias a los buenos oficios de Herbart— fue suplantada, no sólo terminológicamente sino también conceptualmente, por otros sintagmas aparecidos posteriormente. Nos referimos, en concreto, a la expresión «ciencia de la educación» nacida al socaire del biologicismo de corte positivo y experimental (Bain, Demoor, Jonckheere, Ardigò, etc.) en la época de entresiglos. A su vez, durante el período de entreguerras, este sintagma en singular —la ciencia de la educación— dio paso a las «ciencias de la educación», nomenclatura que parece haber hecho fortuna definitivamente.

Uno de los méritos de este libro radica en abarcar la cuestión del conocimiento pedagógico a lo largo de dos siglos, a fin de perfilar una visión global e iluminadora sobre un proceso complejo de larga duración. No nos encontramos, pues, ante un conjunto de simples imágenes aisladas, sin un hilo conductor que dé cuenta y razón

de la génesis y evolución del conocimiento pedagógico. Bien mirado, el libro aborda la constitución del saber pedagógico como si se tratara de un tapiz que se ha nutrido de materiales de diferente procedencia hasta el punto de ensamblar un cuerpo de conocimiento que, en atención a su riqueza y variedad, resulta difícil de sistematizar. Sea como fuere, lo cierto es que el profesor Antón Costa —que se ha centrado básicamente en el siglo XX, sin perder de vista el XIX— ha salido airoso de su intento. Para ello, se ha remontado hasta un pasado que se proyecta sobre el presente, al suponer —de acuerdo con Gadamer— que tener un sentido histórico significa «pensar expresamente en el horizonte histórico que es coextensivo con la vida que vivimos y que hemos vivido». De ahí que Antón Costa haya recuperado la categoría de memoria como condición de posibilidad para la reconstrucción de un itinerario teórico-práctico que escudriña las señas de identidad de este conocimiento pedagógico que, además de las influencias procedentes de otros campos disciplinares, también es consecuencia de una evolución sociocultural. Desde aquí se entiende que el conocimiento pedagógico —o lo que es lo mismo, el saber pedagógico— sea una modalidad específica y sectorial del conocimiento, que tiene como objeto describir, explicar y orientar la práctica educativa.

No extraña, tampoco, que para alcanzar estos objetivos el autor haya reparado en los debates y posiciones que se han dado en torno al proceso de aprendizaje, lo cual implica una presencia importante de referencias psicológicas (conductismo, Gestalt, constructivismo, psicología cognitiva). Con todo, el libro tiene como núcleo central la cuestión pedagógica, de modo que en estas páginas desfilan autores como Dewey, Montessori, Decroly o Freinet, cuyas aportaciones contribuyeron a la construcción de este saber pedagógico. En realidad, este conocimiento pedagógico es fruto de la articulación de tres saberes de naturaleza distinta (uno de carácter formal, contrastable y verificable; otro de naturaleza fáctica y un tercero de signo filosófico) que —en conjunto— han hecho posible la aparición

de una disciplina —discutida en más de una ocasión— que se ha visto vivificada, pero a veces también desbordada, ante el magma de las Ciencias de la Educación. Dicho con otras palabras: sin desdeñar la clave de la Pedagogía, este libro centra su interés en el conocimiento o saber pedagógico.

Es claro que este proceso de larga duración ofrece cortes y cesuras, de modo que la historia no es del todo lineal sino que aparecen quiebras y zigzags que dificultan la reconstrucción epistemológica del conocimiento pedagógico que, con el transcurso de los años, ha aumentado en complejidad. En efecto, si Herbart apeló a la psicología y a la ética con el paso del tiempo el abanico de las posibles disciplinas ha ido creciendo de una manera constante. De ahí, pues, también la importancia de esta obra que sintetiza y sistematiza una intrincada maraña de relaciones y dependencias, dibujándose dos amplios capítulos que están separados cronológicamente por la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). La primera parte rastrea los orígenes del saber pedagógico a partir del modelo herbartiano que, después de las contribuciones del pragmatismo de Dewey, condujo a la Escuela Nueva. En el segundo capítulo —presentado a modo de un «nuevo panorama»— nos ofrece una visión de la evolución del saber pedagógico después de la configuración de los grandes sistemas nacionales de educación que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, sistemas que habían de generar debates y discusiones.

En efecto, la extensión y consolidación de estos sistemas desencadenó la crítica de la sociología que vio en los procesos educativos unos mecanismos de poder y de reproducción social. Sin embargo, el profesor Antón Costa no sólo analiza las aportaciones de la sociología sino que también revisa las distintas contribuciones de la psicología, haciendo especial hincapié en el conductismo y el constructivismo cognitivo. Naturalmente, que en las páginas de este libro desfilan otras variables, ya sea el psicoanálisis, el antiautoritarismo, la pedagogía crítica (escuela de Frankfurt) y las teorías del currículo (Godson, Stenhouse). Empero no acaba aquí la cosa porque nuestro autor

es consciente de que la conformación del saber pedagógico no se puede abordar únicamente desde un planteamiento general a partir de los diferentes discursos que inciden en la pedagogía, sino que también se deben tener presentes las prácticas educativas, esto es, la cultura escolar y, por extensión, la cultura del profesorado. Todo ello —convenientemente ordenado y sistematizado— aparece en este libro que aporta, a manera de conclusiones, un conjunto de ítems que marcan las señas de identidad de la constitución del saber pedagógico durante los dos últimos siglos.

Todo indica, pues, que nos encontramos ante una obra de madurez, producto de los trabajos y los días de un profesional concienzudo y honesto que, desde hace años, ha recopilado materiales y lecturas que ahora dan unos frutos proteicos. Se trata, pues, de un libro sin ausencias, ni omisiones, alejado de cualquier barroquismo. Justo en los términos y preciso en las ideas. De ahí su brevedad y exactitud conceptual, amén de una adecuada y conveniente sistemática. Una obra, además, de lectura ágil y clarificadora. Y ello sin olvidar su buena presentación que incluye cuadros que ilustran muchas de las ideas que se exponen. Por consiguiente, sólo nos queda felicitar al autor por esta entrega que constituye una verdadera joya histórico-pedagógica que deseamos encuentre la divulgación y acogida que se merece.

CONRAD VILANOU